

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VIII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1896.

La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11. bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 335.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.



SOLO queda de nuestra feria un triste recuerdo. Todo pasó, y dentro de poco seremos sorprendidos por el señor de Invierno, y Murcia se con-

vertirá en el oasis de un desierto.

Ya no veremos á nuestras paisanas lucir sus vaporosos trajes; ya no podremos admirar su hermosura con la frecuencia que hoy, y nuestro punto de reunión será el café, y nuestra diversión el teatro.

Otros, por economía, se echan novia y así pasan el invierno agradablemente.

En las casas de confianza, los amigos que se la toman, lo pasan jagando al burro, á la lotería, ó peregrinando con alguna nena poco desaceptable.

Hace algunos años, cuando aun estaba en estado de merecer, visitaba á una familia con muchísima intimidad.

A todos demostraba mis afectos: al podre dando cigarrillos de cuando en cuando y á la madre echando flores constantemente, y la verdad, maldito el gusto que tenía en dar cigarrillos al tío Calamandrullo, y maldito el placer que experimentaba en largar flores á la Matusalen de D.^a Rosa.

Todo esto, y algo más, hacia por conquistar el cariño de las niñas de la casa.

¡Qué encantadoras eran!

La una se llamaba Julia y la otra Clara.

Una noche, recuerdo, próximo al Carnaval, jugábamos á las prendas, y al peregrinar con Clara... ¡si ustedes supieran las cosas que me dijo! vamos, la muchacha se enamoró de mis prendas, y eso que la americana que llevaba tenía algunos remiendos primorosos; lo cierto fué, que peregrinando con Clara, la declaré mi amor.

Desde aquella noche no dejé de peregrinar, ni de dar cigarrillos y echar flores con mas frecuencia que antes.

Llegué á tomarme tal franqueza, que hasta llegaron á pedirme el alquiler de la casa.

Para salir del apuro no tuve mas remedio que mostrar las mangas de mi derruida americana, y parodiar:

—¿Es que tengo facha de tener dinero?

—¿Acaso—dijo D.^a Rosa—no tiene mas que la que lleva?

—¡Desgraciadamente.....—contesté—no tengo otra.

—¡Un hombre sin ropa no puede hablar á mi niña.

—¡Señora, yo he sido claro al decirle que no tengo otra, y Clara no debe olvidarme por lo claro que soy.

—Hay cosas que no deben decirse. Mis niñas, sin ir mas lejos, están sin corsé y yo no se lo digo á nadie.

—¡Por Dios, mamá!—exclamó la niña.

—No te ruborices, Clara del alma—dije con timidez.

En esto sale en padre, de la cocina, diciendo:

—¡Rosa, ya están peladas las patatas!

—¡Pero que es lo que dices!—exclamó la señora.

—No hay por qué disimular; este joven es de confianza.

—Es verdad—dije sonriéndome—Yo no me asombro de nada; ¡he visto tonto!....

Cuando salí de la casa juré no volver más á ella, ni tomar confianza con ninguna familia; ni aun con la mia.

Así, pues, a consejo á mis lectores tomen mi ejemplo, y á más, que no toleren en su casa visitas de esta clase, sobre todo teniendo hijas, pues es fácil que algún pollo *serpentino*, como yo les llamo, despues de peregrinar con las niñas y tomarlas.... hasta el pelo, critiquen á todos, ya en la mesa de un café, ó en casa de algun amigo.

Se dan casos.

RAMON BLANCO.



CANTARES

A la poetisa, Dolores Sanchez Belmonte.

El ídolo de mi amor murió mucho tiempo há, y ante su tumba juré á nadie volver á amar.

Siempre te muestras, Dolores, en tus cantares llorona; en ellos buscas amores que volaron á otra zona.

Si daño un hombre te hizo, no lo maldigas, Dolores, que muchas veces nosotras causamos daños mayores.

Bálsamo para el dolor, que tanto te hace sufrir te mando, y es una flor que de una tumba coji.

ISABEL GIL.

RIMAS

El ruiseñor con su sonoro canto
Oculto en la enramada,
No tienen para mi la melodía
Que tienen tus palabras.

* * *

Al despertar la aurora y enviarnos
Sus tintas nacaradas,
Carece de ese brillo esplendoroso
Que tienen tus miradas.

* * *

El suave perfume de la rosa
Mecida por el áura,
No es tan grato, mi bien, como el aroma
Que de tu aliento emana.

* * *

¿Has visto, en fin, despues de la tormenta
El iris presagiando dulce calma,
Cuán bello se presenta á nuestra vista?
Pues más bella es tu alma.

ÁNGELES GARCÍA VIÑOLAS.



Yeclanerías.

Para mi amigo, el distinguido Farmacéutico, D. Modesto Maestre.

—¿Osté me dá su premio?

—Puede pasar... adelante.

—¿Que tal la noche ha pasado?

—Bien, gracias. Puede sentarse;

¿que le trae á V. por aquí?

—Pos mire osté, señó alcarde,

yo vengo atento de aquello

que me pasó hace seis tardes.

—No recuerdo.

—Aquella cosa...

—¡Ah! vamos, si...

—Lo del pase.

—¿Lo del pase?

—Aquel aceite...

—¡Ah! le hallaron infragante!

—Eso de infraganti, nó;

solo fueron dos corambres

de la última cosecha...

—Si, ya recuerdo; adelante.

—Pos mire osté, yo quería

que me dieran cuanti antes

el aceite y los pellejos,

y yo daría los riales

de multa que me pidieran,

siempre que no fuera grande,

y además, toico el derecho

que puea pagar.

—Usted sabe

que eso siempre es delicado,

y tendrá que conformarse

con pagar derechos, multa,

perder aceite y envases...

—Miste que soy una probe...

¡tenga osté lástima, alcarde!

—Usted se tiene la culpa,

comete faltas tan grandes...

—Es que no sabe una aluego...

—¿Que nó?

—No soñor.

—¡Carápe!
¿conque á sus años ignora

las consecuencias que trae?

—Como en estas cosas una

es siempre tan inorante...

—¡Conque ignorante...! Aseguro

que diré se le recarguen

todo lo posible... Entonces,

¿por qué ocultó las corambres

enmedio de los sarmientos

que el carro traía? ¡Carápe!

y le dijo al de las puertas:

«nada llevo que se pague».

Esa es la intención mas mala;

sois lista y no ignorante.

—Ya no he de gorverlo á hacer.

—Bueno, ya puede marcharse.

—¡Perdón! que soy una probe...

—El asunto es algo grave,

me interesaré y veremos,

veremos lo que se hace.

—Si osté lo quiere apañar

lo apañia, señó alcarde.

—Bueno, ya no me moleste,

pues mil cosas importantes

me esperan en la alcaldía;

hasta luego.

—Dios le ampare,

y no orvide osté la cosa.

—Está muy bien. (Que cargante).

—(Cuasi ya lo he enternecio).

—(¡Vaya con los ignorantes!)

MR. TÓRPIN.

Yecla, Septiembre de 1896.



VESPERTINA

Repiten las vertientes de la alta cumbre los plañideros sonos de la campana, y el sol en Occidente vuelve su lumbré disco de oro en penachos de filigrana.

Los robles que coronan la enhiesta sierra, lucientes, en sus ramas de oro y topacios del sol por despedida sobre la tierra y á través de las áuras de los espacios.

En mil rayos un beso del moribundo reciben, y á un gemido las pobres ramas, en medio del silencio que embarga al mundo, salmodian un lamento con las retamas.

El zagal por el risco baja inseguro entre el balar confuso de las ovejas; los juncos y baladres forman el muro de un arroyo que finge plata en madejas.

Allí bajan sedientos y jugueteños los corderos que el cerro corren saltando y adornando las matas con sus vellones la vegetal trinchera van traspasando.

Yermo el campo repite desde el otero del pastor que le habita tan solitario, los sencillos cantares que yo más quiero que suenan como el coro de un santuario.

Los tibios resplandores del sol que muere y los cantos alegres de las cabañas; el aura que á su paso las plantas hiere y hace que dén gemidos las espadañas,

llevan al alma effuvios de algo divino, y es que Dios nos envía sus bendiciones; cada rayo que alumbrá lleva un destino, cada soplo del alma mil bendiciones.

P. JARA CARRILLO.

